

Por último, y siguiendo los razonamientos que a lo largo de toda su obra prodiga Ortega, el autor articula los argumentos que desarrollan la noción orteguiana de Derecho, comentando los fenómenos políticos y culturales de que tan agudamente se sirve dicho pensador para esclarecer sus puntos de vista sobre los problemas sociales y jurídicos de la historia occidental.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

JAY, Douglas: *Socialism in the New Society*. London, 1962. 403 págs.

El autor es un miembro laborista del Parlamento británico, y ha trabajado para el *The Times*, *The Economist* y *The Daily Herald*. En la presente obra intenta lograr una síntesis de todas las ideas presentes actualmente en las teorías socialistas inglesas.

El socialismo británico parte de dos premisas fundamentales: la libertad y la igualdad económica y social, primero de los individuos en el seno de un Estado, y luego de las naciones entre sí en la comunidad internacional. No se detiene Jay a analizar en qué radica la esencia de esa libertad o de esa igualdad, sino que ya da por supuesto su acepción según el pensamiento político tradicional en los países occidentales. Las enormes discusiones que en torno al concepto de la libertad se han sucedido en la historia filosófica, no le preocupan en absoluto; la idea simplista que da de la igualdad sólo se podría, quizá, explicar por la finalidad y limitado alcance filosófico político de su obra.

De lo anterior se desprende una conclusión fundamental bien que el mismo Jay no la recoja. El socialismo británico no se basa en ninguna nueva comprensión de los valores fundamentales del hombre, ni intenta en absoluto cambiar la mentalidad cultural de la actual sociedad, sino que partiendo de la aceptación de una dinámica social perfectamente determinada por las leyes de la sociología, trata de adaptarse lo mejor posible a ella, precisamente para no perder las ideas filosóficas que ya estaban en la sociedad británica. De aquí, por paradójico que ello sea, el partido laborista es tan conservador como el de este nombre en cuanto a las metas que se persiguen, y que la única diferencia de aquél radica en los *métodos* a seguir para la obtención de las mismas. Los del partido conservador son lentos y peligrosos socialmente, a juicio de Jay; los del partido laborista, como no podía ser menos, constituyen la acertada política.

La idea conservadora en que en verdad se basa el socialismo británico, aunque, repetimos, la mayoría de los laboristas británicos no la aceptan en absoluto, salta a la vista de modo más patente si hablamos de un socialismo internacional. Aquí Jay se puso las gafas de Su Majestad británica, e intenta examinar la sociedad internacional a través de su cristal. El resultado es una contradicción patente con los métodos internos socialistas. De haberlos aceptado en su íntegra totalidad, le

hubiese llevado a extremos enojosos para su posición de político inglés.

En efecto, en el orden interno, el socialismo acepta, a través de una adecuada política fiscal y de servicios públicos, la reducción lo máximo posible de las diferencias económicas, de los desequilibrios regionales, de las propiedades privadas. Cosas que, a salvo muy raras excepciones, son absolutamente de justicia social. *Mutatis mutandis*, si el socialismo británico fuese consecuente con su doctrina, tenía que considerar en el plano internacional el impuesto progresivo en las naciones ricas, el traspaso a las pobres parte de las riquezas así obtenidas, la repartición equitativa de los desarrollos industriales económicos a través del mundo y, por último, la posibilidad de un—más adecuado a las exigencias de la humanidad—nuevo resorte de los territorios nacionales. Pero los laboristas no llegan a estos extremos, ni pueden aceptar el argumento lógico con todo su rigor, y en lugar de ello hablan de los préstamos internacionales, bien que según la riqueza del país, de que aun en los países ricos existen zonas sin explotar y de que una mejor distribución de los territorios nacionales en el mundo es una utopía. Todo lo dicho confirma un segundo punto que se pudiera observar: el socialismo británico es, en cuanto a los métodos de su política, muy progresista en su interior y un “poquillo menos” hacia el exterior.

Toda la obra de Jay, que por cierto, por su sencillez de exposición y por su claridad merece toda una serie de elogios, suscita toda ella, en su conjunto, una reflexión que por lo menos yo me la he hecho repetidas veces.

¿Al centrar la base de su política el partido laborista británico en las condiciones económicas de la humanidad, en la reducción de las desigualdades sociales, estará realmente dando con el principal problema de nuestra época? Es indudable que una sana política, ya nacional, ya internacional, debe acelerar el proceso de la desaparición de estas desigualdades. Pero volvemos a repetir, ¿son las desigualdades económicas el foco de los problemas de nuestro tiempo, la esencia de nuestros problemas, la causa de las desgracias de la actual humanidad? Si Jay y varios otros amigos de su partido hubieran examinado algo de la misma naturaleza de esa libertad que tanto ellos creen proteger, hubiesen indagado en su concepción filosófica de la misma, meditado en el antiguo clásico reconocimiento de que se es tanto más libre cuanto más sabio se sea, quizá no se obcecara tanto en el problema económico.

Subir el nivel económico de vida de las personas, sin antes elevar su cultura, es partir de una concepción falsa de lo que se entiende por hombre. Es anteponer la materia al espíritu. Es no comprender que la felicidad y libertad de los hombres está, por encima de todo, en íntima conexión con su saber, con el desarrollo de su inteligencia. Que no se nos diga que para aumentar el nivel cultural de los pueblos hay primero que alimentarlos y vestirlos, porque ello sería tanto como olvidar la miseria económica (si se compara con la mayoría de los niveles actuales) en que vivieron muchos sabios de la humanidad, y que sin embargo llegaron a ser los genios de la historia.

Los Gobiernos conservadores, hoy día, son aquellos precisamente en que se antepone un desarrollo económico a uno cultural. Se parte de la típica idea reaccionaria que es mejor para la estabilidad política de un país los ricos tontos, que no los pobres listos. En el ámbito internacional a veces se tiene la misma errónea concepción. Se prefiere enviar dinero, técnicos, industrias a los países débiles que no hacer todo lo posible para elevar su nivel cultural.

ANTONIO EZEQUIEL.

JUTGLAR BERNAUS, Antonio: *Federalismo y revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, 1966. 228 págs.

Este volumen, obra de un profesor de la Cátedra de Historia de España de la Universidad de Barcelona, completa la trilogía de estudios monográficos sobre las causas sociales de los sucesos políticos españoles de la segunda mitad del siglo XIX, que el servicio de publicaciones de aquella Facultad se ha propuesto llevar a cabo. Los anteriores trabajos fueron los de Verges: "*La I Internacional en las Cortes de 1871*", y Termes: "*El movimiento obrero en España. La I Internacional*" (1864-1881).

El objetivo del autor es lograr un análisis general de las ideas sociales de Pi, y no solamente de su concepción federalista que ya había desarrollado en su tesis doctoral. Para ello estudia por un lado la formación ideológica y filosófica de Pi, y por el otro su programa político y su realización. Es aquella primera parte, sobre las ideas filosóficas de Pi, la que podría dar lugar a mayores críticas y controversias.

Según Jutglar, la filosofía de Pi y Margall es una especie de conglomerado de hegelianismo extremista de izquierda, de la filosofía social de Proudhon y de aquella otra política de Rousseau. Los argumentos para encuadrar a Pi dentro de la corriente hegeliana, aunque señale constantemente las enormes diferencias, son débiles. El hecho de que Pi y Margall haya admirado y alabado a Hegel en repetidas ocasiones, no nos dice nada de su encuadramiento en "una extrema izquierda hegeliana", máxime cuando se tienen en cuenta las ideas que se desprenden de sus obras, incompatibles con las más esenciales ideas de Hegel.

En cuanto a las conexiones de Pi con *Proudhon*, el autor se esfuerza en demostrar cómo la influencia del francés, frente a la opinión de *Castelar* y de *Menéndez Pelayo*, no fue tan grande como generalmente se pensaba. La profundidad histórica con que trata el asunto es digna de tenerse en cuenta.

En la segunda parte de la obra se logra, en contraste con aquella primera, una síntesis detallada y sistemática del programa político de Pi y del fracaso de su realización. Se llega a la conclusión, que nos hubiera gustado hubiera sido mucho más amplia, de que el fracaso de aquella